**LAS CASAS PRIVADAS Y LAS TIENDAS DE
LIMA**

E. W. MIMENDORF

Libros Tauro

En ocasión de la primera distribución de los terrenos para construcción, después de la fundación de la ciudad por Francisco Pizarro, cada una de las cuadras medidas fueron divididas en cuatro partes, llamadas solares y a cada poblador se le adjudicó uno para fines de edificación. A algunos privilegiados les tocó en suerte dos o más solares. En consecuencia, sus propiedades tuvieron además de la casa habitación, amplios patios y por lo general un jardín que era provisto de agua a través de un canal. Cuando creció el número de habitantes y el valor del suelo empezó a incrementar, los terratenientes originales comenzaron a vender las tierras superfluas y las calles que al principio estaban formadas por tapias divisorias, quedaron delineadas por hileras de casas. En cierto modo, las primeras residencias sufrieron una limitación; no obstante, las casas siguieron siendo muy espaciosas y lo son aún en la actualidad. En la parte media de la ciudad, en especial en las calles trazadas cerca de la plaza principal, dichas casas son cada vez más raras, pues en las construcciones nuevas se busca aprovechar mejor el espacio, pero en las regiones más apartadas se construye aún hoy de acuerdo con el mismo plan.

La entrada a la antigua casona española o peruana desde la calle es un gran portal, cuyos costados y dintel presentan decoraciones arquitectónicas, si bien no de buen gusto. Las hojas de la puerta son de gruesas planchas de madera de cedro. En las casas antiguas están guarnecidas de abolladuras de bronce; en las nuevas en cambio llevan adornos tallados. Durante el día, hasta después de las nueve de la noche ambas hojas permanecen abiertas. En una hay una puertita pequeña recortada o empotrada, el postigo, que sirve de entrada durante las horas de la noche, después que el portal ha sido cerrado. A ambos lados del mismo se encuentran de ordinario una o dos ventanas correspondientes a estancias de la planta baja. Las protegen rejas de hierro bellamente forjadas. A través del portal se pasa el zaguán, un corto vestíbulo cubierto, cuyas paredes laterales presentaban antiguamente toscos frescos, pero en los edificios más modernos están interrumpidos por puertas. Por el zaguán se llega al patio a cuyo alrededor se dis-

ponen las habitaciones. En muchas casas, el patio está separado del zaguán por una reja de hierro que las personas precavidas mantienen cerrada aun de día por temor a los ladrones, pero especialmente en los casos de súbitos tumultos callejeros, bastante frecuentes en otras ¿pocas más intranquilas. En aquellas ocasiones, la batahola no era causada tanto por los revoltosos sino más bien por los asustados porteros que a menudo, ante una alarma injustificada, se apresuraban a cerrar los portones. El estampido de las pesadas hojas se sucedía entonces como un reguero de fuego por las calles, semejante a Una sucesión de cañonazos.

El patio está pavimentado con pequeñas piedras en las que a menudo se han incrustado figuras de hueso y por su parte central, un camino de baldosas lleva hasta una puerta de vidrio que la acceso a la sala opuesta al portal. La sala es la estancia más grande de la casa, donde la familia se reúne después de la cena y, recibe las amistades que vienen a Visitarlos para pasar la velada en su compañía. Detrás de la sala, a veces antigua a ella se encuentra una, segunda estancia, bastante espaciosa aunque algo más reducida que la sala y mejor amueblada. Es la cuadra, el salón en el cual la dama de la caja recibe a las visitas más ceremoniosas de la tarde. De la sala o de la cuadra ,, pasa a otro patio abierto (traspatio), de ordinario más que el anterior y sobre el cual se encuentra el comedor, enfrentando a la sala, En las casas de mucho fondo sigue al comedor un tercer patio o corral donde se instalan los establos, las jaulas de las aves, la carbonera y el depósito de leña.

A ambos lados del segundo patio, entre la sala y el comedor se disponen los dormitorios de la familia. Los aposentos a los costados del zaguán y el primer patio tienen comunicación con las demás piezas de la casa pero constituyen habitaciones independientes que las familias poco numerosas suelen alquilar a caballeros solos. Estas habitaciones de reja son muy busca, las por tener vista a la calle.

Si la casa tiene un piso alto, la distribución de los cuartos es algo diferente a la de la planta baja. Por lo general, no todas las partes de la casa tienen un piso alto, sino sólo las más cercanas a la calle. Sobre el zaguán se encuentra entonces la sala y, la cuadra y sobre la sala de la

planta baja, el comedor. Rodea el patio una amplia galería abierta sostenida por columnas sobre la cual se abren las puertas de las habitaciones y de este modo pueden hacerse independientes unas de otras. Una escalera lleva al piso superior ya sea desde el patio o en las casas más nuevas directamente desde la calle a través de una puerta especial. En las mejores residencias, están construidas con mármol italiano.

Los balcones cubiertos constituyen una gran comodidad en estas viviendas. Están cerrados con vidrieras a la manera del balcón mirador de las nuevas casas alemanas, pero no se limitan a una ventana sino abarcan por lo general todo el frente de la mansión. De ordinario son de madera de cedro, construidos en estilo de arco redondo y algunos revelan muy buen gusto. Pero de acuerdo con las nuevas ordenanzas que rigen para la edificación no se permiten balcones cerrados en las nuevas casas. Por esta razón, cada ventana tiene un balcón especial protegido por una balaustrada. Los techos de las casas son chatos. Constan de una plataforma de tablas, colocada sobre travesaños, sobre la cual se extiende una capa de adobe. En algunas casas se observan jaulas enrejadas en las cuales se crían gallinas. No se conocen allí los altillos ni los sótanos abovedados.

Las paredes de la planta baja, de un grosor de 90 a 120 cm, están confeccionadas con ladrillos de adobe superpuestos y asentados sobre cimientos de piedra o ladrillos cocidos. Los pisos altos presentan sólo un delgado esqueleto de vigas cuyos intersticios se llenan con material liviano. A pesar de su escasa resistencia, esta forma de construcción parece ser la más para las condiciones del país. Las más sólidas paredes de piedra no resistirían un violento temblor de tierra y las de adobe soportan muy bien los temblores de poca intensidad. En cambio, las paredes de piedra o de ladrillos cocidos que se agrietan y desvían de la línea perpendicular de la plomada, son difíciles de componer y deben ser derribadas. Nadie se inclinaría a construir costosas casas de sillares labrados pues en vista de las experiencias recogidas, sería muy aventurada una inversión tan grande. A pesar de la ligera construcción de los edificios se les sabe dar a su exterior un aspecto de solidez y suntuosidad. Las paredes se recubren de estuco o se pintan simulando sillares.

Los huecos de las ventanas parecen tallados en piedra y en verdad no son siquiera de yeso, sino de maderas clavadas. Asimismo, los arquite-
trabes en el centro de las casas y los frisos que bordean el techo, con
sus macizas formas arquitectónicas no son sino estructuras huecas,
formadas por tablas ensambladas.

Muchas casas tienen pequeños jardines en sus patios donde al-
ternan las plantas florales, los arbustos y las enredaderas que ofrecen
una vista muy agradable. Pero dichas plantas no echan raíces en la
tierra, sino en macetas de barro, cubos de madera o barriles aserrados
por la mitad. Plantar vegetales en la tierra sería muy pernicioso tanto
para las casas como para sus moradores pues al regarlos la humedad
infiltraría los muros. Por otro lado, la humedad es la peor desventaja
que puede tener una vivienda en Lima. El terreno sobre el cual se erigió
la ciudad consiste al igual que todo el valle en una formación de guija-
rros que alterna con arcilla barrosa, característica que se manifestó en
forma muy ilustrativa cuando se realizaron los trabajos de canalización.
Si la casa se levanta sobre guijarros es por lo general seca, mientras que
los bancos de barro siempre se mantienen húmedos por el agua que se
escurre al subsuelo del valle. Los ladrillos de adobe de las paredes se
fijan con una mezcla de barro y estiércol de caballo o de mula y el
nitrato contenido en dicha masa atrae la humedad, de manera que la
parte inferior de las paredes queda impregnada de ella. Quien vive en
una de esas casas acabará tarde o temprano atacado por fiebres inter-
mitentes, a menudo de una forma perniciosa, y con frecuencia no reco-
nocerá las condiciones de su morada, sino a través del paulatino
deterioro de su salud. Sería bastante sencillo y no demasiado oneroso
subsanan este mal si al construir se reemplazara por otro mortero el
mencionado barro o se intercalara entre los cimientos de piedra y la
pared de barro una capa de material impermeable al agua. De acuerdo
con el procedimiento seguido hasta el presente, puede considerarse que
cada casa donde se ha construido un piso alto, la planta baja no tardará
en contraer humedad.

El interior de las mejores viviendas es cómodo y a menudo está
decorado con buen gusto. Las habitaciones son altas, espaciosas, tienen

grandes ventanas y se comunican unas con otras a través de puertas de vidrio. En las construcciones más antiguas se favorece la ventilación mediante una especie de ventana abierta en el techo del recinto que recibe el nombre de teatina. Se trata de corredores de aire o grandes cajones ubicados sobre el techo y abiertos hacia el lado sud, pues es en esa dirección hacia donde suele soplar el viento. Todas las casas están provistas de instalación de gas y de agua, baños y excusados conectados a la red subterránea de cloacas.

En las mansiones de gente pudiente las paredes están cubiertas de tapices, y en otras, más sencillas, de esteras chinas. Por supuesto, el mobiliario guarda relación con las condiciones pecuniarias del dueño de casa, pero en general sigue ciertos cánones tradicionales y evidencia poca variación. Una sala decente está provista de una docena de sillas tapizadas con damasco de seda, dos sillones y sofás haciendo juego, una mesa en el centro con tapa de mármol, dos cómodas de mármol con espejos guarnecidos de ricos marcos dorados y sobre el piano otro espejo ovalado. Los muebles son de estilo francés Luis XIII o Luis XVI. Completan el mobiliario una vitrina para exponer las figurillas de adorno y una araña de dos de tres a ocho llamas. Sin embargo, hay una cierta cantidad de casas que se destacan de esta elegancia mediocre, y están decoradas con muy buen gusto y objetos escogidos de refinada artesanía. Hace tiempo era dable encontrar en Lima muchos cuadros antiguos valiosos, pero poco a poco fueron desapareciendo, en su mayoría vendidos y enviados al extranjero. En la actualidad, sólo penden de las paredes grabados en acero y fotografías, éstas rara vez de algún valor. Sólo se ha conservado una colección importante de pinturas y se encuentra en la casa de la familia de los ex marqueses Torre Tagel, cuya heredera, viva aún, estaba casada con un abogado de nombre Manuel Ortiz Zevallos.

Las casas que acabamos de describir son las de la gente rica y, la clase media pudiente, y aun cuando &la era bastante numerosa en Lima sobre todo en otros tiempos, los pobres constituyen en todas partes la gran mayoría de la población. Cuanto más se aparta uno del centro de la ciudad tanto más pequeñas y modestas se tornan las viviendas, las de

pisos altos son cada vez menos y por último desaparecen por completo. Particularmente, en las regiones superiores de la ciudad se ven calles largas, bordeadas tan sólo de casuchas muy angostas. Estas sólo tienen una puerta que da a la calle y ninguna ventana. Las componen dos piezas, una a continuación de la otra, con un angosto patio abierto contiguo que sirve de cocina, lavadero y corral para las aves, los conejos y los cerdos. La ventilación de semejantes viviendas se cumple durante el día a través de la puerta abierta y pequeños orificios abiertos en el techo de las piezas. Los callejones constituyen una especie de inquilinatos para los pobres. Se trata de series de viviendas, parecidas a la descrita más arriba, pero no se encuentran sobre una calle pública, sino sobre un terreno privado que por las noches se cierra a la calle y queda al cuidado de un portero. En la callejuela así formada hay instalados uno o más grifos de aguas corrientes para uso colectivo de los inquilinos. En estos callejones habitan las clases más bajas de la población, en especial negros y mestizos con predominio de sangre negra.

En las partes medias de la ciudad, la planta baja sólo raras veces es empleada como vivienda. En su mayoría, la ocupan locales de negocios, tiendas y almacenes. La vida comercial es más animada en las calles que parten de la plaza principal y otras próximas a ella. Además, las tiendas que trabajan artículos del mismo ramo se encuentran reunidas en determinadas zonas. El nombre de muchas calles prueba que esto regía también en el pasado, sólo que con el tiempo ha cambiado su carácter. Así, por ejemplo, en la Calle de los Espaderos ya no hay armerías sino joyerías y bisuterías; los orífices y plateros cuyos talleres dieron su nombre a las calles Plateros de San Pedro y San Agustín que desembocan en las plazas de las iglesias dedicadas a esos santos, ya se mudaron. En Bodegones, donde hace tiempo había una especie de mercado de cambalaches y más tarde se encontraban bodegas y almacenes de vituallas, actualmente sólo aparecen tiendas de paños y artículos de costura. En cambio, en la Calle de las Mantas que desde antiguo concentraba los principales negocios de finos artículos de lana, hoy en día se encuentran tabaquerías, tiendas de comestibles y materiales. En el Portal de Escribanos, sobre el lado oeste de la plaza, se

encontraban otrora las oficinas de los notarios públicos y escribanos, y en la actualidad sederías y casas de cambio. La única arteria que parece haber conservado su fisonomía a través de todas las épocas es la Calle de los Mercaderes, que parte de la esquina sudoeste de la plaza y corre hacia la estación del tren de El Callao. En esa calle siempre estuvieron y aun se encuentran los más finos negocios tic todo tipo, pero tampoco le va muy en zaga la calle siguiente, la de los Espaderos. Los locales de los mayoristas están en su mayoría en la Calle de la Carrera, y en la subsiguiente Melchor malo, funcionan actualmente los bancos que aún perduran.

Las tiendas de baratijas están diseminadas por toda la ciudad y son por demás numerosas. Reciben el nombre de pulperías y en su mayoría las atienden italianos. Por lo general ocupan una esquina, tienen entrada por (los calles y mantienen un surtido de los más variados enseres y productos que la gente común necesita para su uso cotidiano, de preferencia bebidas alcohólicas, que por supuesto son de pésima calidad en la mayoría de los casos. Las chinganas que se cuentan por centenares se alinean junto a las pulperías. Chingana es un vocablo indio que significa el donde se busca escondite o donde uno se pierde. Son sucios y asquerosos bodegones donde además de vender algunos artículos de quincallería se extiende principalmente aguardiente de uvas, de caña de los parroquianos se reúnen para conversar de pie junto al mostrador. En las partes medias de la ciudad existen algunos locales decentes que se limitan a servir bebidas alcohólicas; no son tabernas sino de bebidas a la manera de los norteamericanos, donde se sirven los licores solo o en las variadas mezclas de tinturas y agua gasificada con ácido carbónico. Estas tabernas se han multiplicado en especial, después de la última guerra, para perjuicio de la juventud. No hay hoteles ni verdaderas posadas. En la mayoría de las casos que ostentan ese nombre, sólo se ofrece albergue a los forasteros deben procurarse su comida en algunos restaurantes de los que hay bastantes para elegir. Dos en particular, son de primera categoría. Sus gerentes son franceses y los menús se componen de platos franceses: el Hotel Americano y el Café Cardinal. Este último está situado en la calle Mercade-

res, cerca de la plaza principal, en tanto el primero está en Espaderos. De ambos, es el más antiguo y mejor. Existe gran número de restaurantes de segunda categoría, algunos atendidos por franceses, pero la mayoría pertenecen a italianos, donde naturalmente predomina la cocina de ese país. Si bien luego en gran cantidad las fondas peruanas, en las cuales se cocina a la usanza del país. En su mayoría los platos consisten en alimentos asados o cocidos a fuego lento con mucha pimienta y grasa. Además de las fondas donde se sirven tan sólo comidas calientes, cabe mencionar las picanterías, donde se pueden adquirir de ordinario comidas frías: carne asada, aves, jamón, chorizos, pescado preparado de una manera muy típica, cangrejos y ensaladas, todas muy sazonadas con ajíes frescos. De ahí el nombre de estos locales. Algunas picanterías son pulcras y dan ganas de entrar en ellas y entre sus clientes llegan a contar damas.

El extranjero suele aficionarse al ají, pero sólo a duras penas logra vencer la repugnancia que le provoca el olor del ajo que emanan e muchos platos.

Las cocinas de los chinos constituyen la última categoría. En su mayoría son pequeños y desalentadores figones, pero la comida es más barata y no por ello peor que la de las fondas peruanas, razón por la cual y dada la pobreza imperante en general, ciertas familias de las que nadie sospecharía semejante cosa, van a buscar sus comidas subrepticamente en los menospreciados figones de los asiáticos.

Comparado con la población de la ciudad, el número de droguerías y farmacias es muy elevado, y no son pocas las que se distinguen por su surtido completo y sus lujosas instalaciones. Estas últimas provocan el disgusto de los peluqueros y barberos, ya que además de vender perfumes y lociones también trabajan la línea de jabones finos y todos los demás artículos para el cuidado de la piel. Otras incursionan en el territorio de las tabernas al preparar toda clase de licores bajo el título de tinturas estomacales que el público disfruta con gran deleite, aun cuando sin beneficios.